

## LA REPRESENTACIÓN DEL JUDÍO EN LA OBRA DE BLASCO IBÁÑEZ

María Teresa Fuentes  
*Universidad Complutense de Madrid, España*

### Por el escenario de las letras

Si bien la Constitución española de 1812 fue demostración fehaciente de la influencia europea al proclamar libertades y con ello la apertura de nuevas ideas, a comienzos del siglo aún pesaba en el país la tradición patrioterica y cainita hacia lo dispar. Aunque en el Viejo Continente se habían venido produciendo manifestaciones filosemiticas en Inglaterra, Alemania, Francia, con autores como Lessing en Alemania, Mirabeau y Montesquieu en Francia, Toland en Inglaterra, España no siguió la tendencia europea y, en los albores del siglo XIX, aún dominaban demasiado los clichés recurrentes con respecto a la cuestión judía y el antisemitismo permaneció activo y no pudo reducirse hasta que se produjo el suceso del *affaire* Dreyfus, y dio lugar al propagandístico e influyente *J'accuse* de Emile Zola, que trajo como consecuencia una manifiesta y sonora transformación en la postura de los nombres más célebres de las letras españolas.

Hasta esa fecha, el tema judío, exceptuando algunas creaciones dogmáticas y religiosas, fue inexistente, o palmariamente antisemítico en la literatura española. No obstante, cabe mencionar los ejemplos de Lope de Vega o Quevedo, en el siglo XVII, que sí se acercaron al tema, y solo encontramos, ya en el siglo XVIII, algunas obras con esa temática como fueron las alusiones satíricas de Torres Villarroel y el drama *Raquel* de García de la Huerta, donde se narran los amores del rey Alfonso VIII con una judía.

Si hacemos un recorrido por la siguiente centuria, encontramos, en el periodo romántico, a Gustavo Adolfo Bécquer, que proyectó un claro interés por el tema, pero sin ninguna intención de diversidad estilística. El autor sevillano, en varias historias de sus *Leyendas*, nutridas en las fuentes de una tradición medieval acentuada, hizo evidente su antisemitismo, patente con tópicos presagiados y lingüística redundante, y de este modo se convirtió así en el más claro paradigma del antisemitismo de la época por sus reiterados clichés, y sin ningún propósito estético ni divergente. Toledo, la fortuna, la avaricia, lo oculto, la sangre, los nombres, la vivienda, la traición, la hembra judía bella y seductora, la honra..., son todos ellos temas recurrentes de sus leyendas sobre la cuestión. Las siguientes líneas de su obra *La rosa de la Pasión*, de 1862, son la representación obstinada de lo hebreo en el romántico Bécquer:

Una tarde de verano y en un jardín de Toledo, me refirió esta singular historia una muchacha muy buena y muy bonita [...] En una de las callejas más oscuras y tortuosas de la ciudad [...] tenía hace muchos años su habitación raquítica, tenebrosa y miserable como su dueño, un judío llamado Daniel Levi.

Era este judío rencoroso y vengativo, como todos los de su raza, pero más que ninguno engañador e hipócrita.

Dueño, según los rumores del vulgo, de una inmensa fortuna, veíasele todo el día acurrucado en el sobrio portal de su vivienda, [...] aborrecedor implacable de los cristianos y de cuanto a ellos pudiera pertenecer, [...] las burlas de sus vecinos no conocían límites [...] las viejas devotas se santiguaban al pasar por el dintel de su puerta, como si viesan al mismo Lucifer en persona.

– ¡Sara! –exclamó el judío rugiendo de cólera– [...] tú no puedes habernos hecho traición hasta el punto de revelar nuestros misteriosos ritos, [...] tú no eres mi hija.

– No, ya no lo soy, he encontrado otro padre, un padre todo amor para los suyos, un padre a quien vosotros enclavasteis en una afrentosa cruz y que murió en ella por redimirnos [...] ya no soy vuestra hija, porque soy cristiana y me avergüenzo de mi origen. (Bécquer, 2003:389-390)

En siguientes décadas, en el apogeo realista, es llamativa la postura de Emilia Pardo Bazán, que manifiesta simpatías por los musulmanes pero no por los judíos. En la posterior Generación del 98, sobresale por su acérrimo antisemitismo Pío Baroja. No obstante, sus compañeros de centuria no se diferencian tampoco en el uso común y estereotipado de un hábito de la tradición española y sostuvieron idénticas actitudes frente a la imagen del judío rico, avaro, sangriento. Totalmente contraria fue siempre la estética de Galdós, quien en su obra, *Gloria*, de 1876, representa un filosemitismo inusual y de evidente innovación:

Tras cuatro guardias civiles que iban despejando, pasó el negro pendón enarbolado por un hombre, pasó la cruz negra, acompañada de los dos ciriales, siguió el primero de los pasos que era La oración en el huerto, y los que conducían cruz, pendón, cirios e imagen, se quedaron mirando al balcón, donde había una cosa extraordinaria, inaudita, el judío de rodillas, mirando la procesión.

El corazón te doy –dijo Gloria–.Desde que al nacer dio el primer latido fue tuyo. Te amó judío lo mismo que te había amado cristiano [...] he vivido en ti y en ti muero. (Galdós, 1890: 250-299)

Pero si Galdós fue la excepción que confirma la regla en la tan inflexible tradición literaria española de su tiempo, él no sería el primero y el último divergente de la práctica segregacionista. Su amigo y compañero en la escena literaria española, Vicente Blasco Ibáñez, superó a Galdós en modernidad pragmática con varias creaciones de singular estilística y maestría narrativa, y anuló lo que hasta entonces había sido la práctica habitual en cuanto a temática en la literatura hispánica.

No obstante, no hay que soslayar la evidente transformación del intelecto español a partir de 1894, con la aparición del *affaire* Dreyfus, cuando, en el grupo generacional del 98, se produjo un notorio y enorme cambio de actitud con respecto a la causa judía, y la alusión y admiración a Zola fue el pan de cada día en la prensa y en los libros.

Como apunta Rafael de la Dehesa en su artículo *Zola y la literatura española finisecular*, la visión de la intelectualidad española cambió de manera rimbombante desde el caso Dreyfus y todo el gremio literario atacó el antisemitismo de un día para otro: “El *affaire* Dreyfus creó a fin de siglo un nuevo interés en Zola y atrajo hacia su obra la atención de un amplio sector del público que más veía en él al reformador político y social que al teórico del naturalismo” (1971:49).

Aunque no todos reaccionaron de la misma manera. Es peculiar la ironía de Unamuno y Azorín. Este, en *La Voluntad*, refleja esa solazada percepción<sup>1</sup>.

Pero si alguien destacó de entre todos los “zolistas”, ese fue Blasco Ibáñez, ya que se convirtió en uno de los más activos e intensos propagandistas del asunto, haciendo eco de su compromiso y de su ideal, como muestra su artículo del 17 de enero de 1904 en *Alma Española*<sup>2</sup>. Sin embargo, no se puede eludir que Blasco Ibáñez no siempre mantuvo idéntica postura con respecto los judíos. Necesario es señalar que el autor valenciano no pudo rehuir del antisemitismo rancio que inundaba el panorama cultural unos años antes. En su diario *El Pueblo* fundado por el autor en 1894, criticó a los judíos motivado por su anticapitalismo. Esa postura, forzada por el entorno, fue absolutamente contraria y diferente en su literatura, como se referencia en siguientes líneas. No es aventurado aseverar que aquel

---

<sup>1</sup> “Estamos viendo la masa agitada siempre por malas pasiones [...] desde la que condena a Cristo hasta la que grita a Zola, casi siempre la masa es de instintos protervos” (Azorín, 2001: 169).

<sup>2</sup> “Cuando Zola era perseguido por el populacho nacionalista, inicié un mensaje de consuelo y adhesión creyendo que sólo lo suscribirían unos cuantos escritores y artistas. ¡Tuve que colocar cuatro mesas con pliegos y se recogieron treinta y dos mil firmas!” (Blasco Ibáñez, 1904).

antisemitismo de los primeros artículos del periódico *El Pueblo* fue consecuencia directa y pragmática de su ideal patriótico y juvenil y tuvo su razón de ser por la propia esencia propagandista del periodismo combativo del periódico, en unos años de convulsión política y de la pérdida de las colonias y, sobre todo, porque su posición como líder del republicanismo valenciano le obligaba a accionar pragmática y propagandísticamente, quizás con acerado populismo, pero siempre forzado por la coyuntura de los espinosos acontecimientos políticos. Su credo y su preocupación social, justifican de algún modo que Blasco Ibáñez se sintiera en un tiempo combativo y conmovido por la opresión del pueblo y utilizara los estereotipos existentes en torno a los judíos, señalándolos como exhibidores y dueños de la riqueza de una parte del mundo, mientras la otra parte sufría necesidades esenciales. En su exilio en París, en los años 1891 y 1892, Blasco Ibáñez comprobó personalmente esa realidad. Aunque el dolor por el destierro y las penurias económicas afligieran su carácter, por encima de todo, siempre surgió en él su pasión literaria. Comprendió que si la coyuntura actual impulsaba a tratar el tema judío, no existía otro modo mejor de hacerlo que artísticamente, con las palabras reales, creando ficción y estilo renovador, con nuevos medios y nuevos personajes. Al señalar y soslayar este matiz significativo del autor, sí es necesario resaltar en él una inclinación fundamental, una predilección prosemita en su estética, inaudita en su tiempo, completamente diferente a la del escenario cultural español. Es relevante asimismo porque el tema judío en Blasco Ibáñez no solo se manifiesta en su obra narrativa y por lo tanto de ficción, sino también en sus escritos de no ficción, obras de viaje, crónicas, haciendo del conjunto de su obra un corpus de singular estética literaria.

### **El tema judío en la obra blasquiana**

La primera alusión a los judíos en la obra de Blasco Ibáñez la encontramos muy temprano, en sus obras de juventud de trazo romántico, utilizando la tradición de las leyendas fantásticas, pero al contrario de Bécquer, no aparece la figura del judío como personaje antirracial y elemento antagónico del discurso. Lo que demuestra voluntad creativa novedosa e intención renovadora. Es el caso de sus *Fantasías* (Leyendas y Tradiciones) En ellas solo encontramos una alusión en la descripción de un personaje: “un viejo vagabundo con sus puntas de hechicero y aspecto de judío”. Al autor debió parecerle escaso este guiño, porque cinco años más tarde, en su novela *La araña negra*, construye su primer personaje de ficción judío importante en la figura de Judith, porque describe características físicas de origen racial pero también cualidades de modernidad en un personaje femenino al atribuirle una divergencia con respecto al grupo social al que pertenece. Con este retrato construye así Blasco Ibáñez una figura de ficción totalmente original, asimismo también de admirable innovación literaria, en un tiempo, el de final de siglo, pleno de nuevas corrientes estéticas, como son decadentismo, modernismo, simbolismo, anarquismo, erotismo sicilíptico..., de las que el personaje de Judith se nutre para salir airoso del ejercicio estético. Judith es prostituta, pero no se asemeja a las demás, esas que Blasco llamó, en sus crónicas de emigrado en París, *hijas de la noche*:

Se fijó en una mujer joven, vestida con bastante elegancia [...] Era de mediana estatura, de un cutis blanco de transparencia y lo que en ella más llamaba la atención, más que las facciones y las formas de su cuerpo erguido con petulancia, eran los cabellos y los ojos ofreciendo un rudo contraste que inmediatamente saltaba a la vista. La cabellera era rubia, pero de un rubio dorado, oscuro, brillante, que parecía irradiar luz; y los ojos, por un contrasentido de la naturaleza, aparecían negros, rasgados, agrandados aún más por ciertas líneas y sombras del lápiz de tocador [...] en aquellos ojos, ventanas del alma, espejos delatores de todas las dobleces de un carácter, adivinábase una inmensa malicia: lo mismo sabrían fingir la cándida mirada de la inocencia y del asombro, que animarse y chispear con la excitación brutal de la orgía. [...] En toda su persona perfumada, que esparcía un ambiente de dulce olor a violeta, notábase algo de original, cierto corte bohemio que la elevaba sobre la vulgaridad de *la cocotte* [...] ante todo había que advertir que la muchacha era judía, como lo indicaba su nombre [...] la muchacha creció terca y voluntariosa [...] odiaba todas las labores femeniles. (Blasco Ibáñez, 1975:407-415)

En las llamadas *Novelas Valencianas* encontramos escasas referencias judaicas. No existen los personajes de fuerte atracción narrativa como es el personaje de Judith, ni los demás personajes de las

novelas *Los muertos mandan* o *Luna Benamor*, sino solo algunas escenas sarcásticas con elementos judaicos, como es el caso de una procesión en la novela *Flor de mayo*, de 1896:

La juventud del pueblo echábase a la calle disfrazada con los extraños trajes de una mascarada tradicional, que no otra cosa resultaba la procesión del Encuentro [...] Venían después los judíos, fieros mamarrachos que parecían arrancados de un escenario humilde [...] no puede uno reírse impunemente de los cuerpos armados; y judíos y granaderos para la custodia de Jesús crucificado o su santa madre, llevaban desenvainadas todas las armas blancas conocidas [...] El *Retor* era por herencia el capitán de los judíos y siendo todavía de noche saltó de la cama para embutirse en el hermoso traje guardado en el arcón el resto del año y apreciado por toda la familia como el tesoro de la casa. ¡Válgale Dios, y qué angustias pasaba el pobre Retor, cada año más rechoncho y más fornido, para introducirse en la apretada malla de algodón! [...] Las ropas interiores arrolladas por la opresión de la malla, se habían apelotonado, y las piernas del judío parecían plagadas de tumores. Apretábale el vientre el maldito calzón hasta hacerle palidecer [...] ya llegaban: oíase a lo lejos la música de los judíos [...] Empezó la ceremonia del encuentro [...] en la una la Virgen dolorosa y afligida [...] en la otra Jesús, desmelenado y sudoroso [...] abrumado por el peso de la cruz [...] sudando sangre por todos los poros. Y en torno de él, para que no escapase, los inhumanos judíos [...] En la barraca de Tonet hubo gran alboroto. Este, antes de despojarse de su traje de judío, dio una paliza a su mujer. (Blasco Ibáñez, 2011:135-144)

Habiendo comenzado a enriquecer la diversidad de su corpus narrativo con personajes judíos, Blasco Ibáñez no cesó ya en su simpatía e interés por el tema, y lo convirtió en recurso esencial de su creación. Comprendió con mucho acierto que proporcionaba la riqueza y la materia necesaria en el canon literario de la época. En un viaje a Mallorca encontró nuevo mecanismo para seguir en su temática estilística y escribió la que es una de sus obras más atractivas, y uno de sus mejores logros literarios: *Los muertos mandan*. El propio autor relató, unos años más tarde cómo sucedió el proceso de la escritura de la obra:

En mis tiempos de agitador político, allá por 1902, los republicanos de Mallorca me invitaron a un mitin de propaganda de nuestras doctrinas [...] Yo, una vez pronunciado mi discurso, di por terminada mi actuación política para correr como simple viajero la hermosa isla [...] Más que las cavernas célebres, los olivos seculares y las costas eternamente azules de Mallorca, atrajeron mi atención las honradas gentes que la pueblan y sus divisiones en castas que aún perduran [...] Vi en la existencia de los judíos convertidos de Mallorca, de los llamados chuetas, una novela futura. (Blasco Ibáñez, 1972: 283)

La obra es la historia de un heredero de un gran linaje, Jaime Febrer, y en ella, Blasco Ibáñez refleja uno de sus clichés: la presión que ejerce el pasado:

Él era semita; lo declaraba con orgullo, golpeándose el pecho “El primer pueblo del mundo”.

– Éramos unos piojosos muertos de hambre cuando vivíamos en Asia, porque allí no había con quien hacer comercio ni a quien prestar dinero, pero nadie más que nosotros ha dado al rebaño humano sus pastores actuales (Blasco Ibáñez, 1972:315)

Encerrado en aquella enorme mansión en la que todo le hablaba de la centenaria historia de la familia, el arruinado heredero intentaba sin éxito enfrentarse a aquel terrible océano de prejuicios: Creemos pensar por cuenta propia y en las circunvalaciones de nuestro cerebro se agita una fuerza que ha vivido en otros organismos [...] mucho de lo que decimos espontáneamente, como última novedad de nuestro pensamiento, es una idea de los otros [...] hasta los árboles, hasta el viento, parecen oponerse a su voluntad, y Febrer se deja ir de nuevo a negros pensamientos; los muertos mandan y es inútil que los vivos se resistan a obedecer [...] creemos avanzar porque nos movemos, creemos progresar porque vamos hacia adelante, y cuando la rueda da la vuelta completa nos encontramos en el mismo sitio. La vida de la humanidad, la historia, todo era un interminable recomenzamiento de las cosas (Blasco Ibáñez, 1972: 337)

Sintió Febrer honda irritación al recordar sus errores y angustias. ¡Malditos muertos! La Humanidad no sería feliz y libre mientras no acabase con ellos. [...]

– Tienes razón. Matemos a los muertos. [...] Todos vivimos con arreglo a lo que dijo Moisés, a lo que dijeron Buda, Jesús, Mahoma [...] cuando lo natural y lo lógico sería vivir con arreglo a lo que pensamos y sentimos nosotros mismos. [...]

Sus angustias habían terminado. ¡Vida nueva! (Blasco Ibáñez, 1972: 425)

El final minucioso y sorprendente de la obra aporta netamente la voluntad creativa del autor con el tema, ya que es de un judío, precisamente, de quien viene la salvación para Jaime y al final puede exclamar: “No, los muertos no mandan, quien manda es la vida, y sobre la vida, el amor” (Blasco Ibáñez, 1972: 426)

*Los muertos mandan* se enmarca entre la sociología, la psicología y la novela de tesis. Es una obra muy bien lograda con la plasticidad, la fantasía y el romanticismo propios de un Blasco Ibáñez ávido de modernidad que supo aprovechar un problema balear tabú, el de los chuetas mallorquines, para convertirlo en elemento artístico, literario, y exitoso.

Un año más tarde de su viaje a Mallorca e Ibiza, en 1909, se publica la novela corta *Luna Benamor*, también con el tema judío. La obra tuvo como precedente, según su biógrafo León Roca, un viaje de Blasco Ibáñez a Gibraltar para recoger el material de unas crónicas periodísticas para el diario *El Pueblo*. Es curiosa la simpatía, rozando la compasión, que muestra el autor con algunos personajes como es el caso de Zabulón al que hace llorar y desatar su pena. Pero el argumento esencial son los amores entre un cristiano y una judía. El amor, tema de recurrente preocupación en Blasco Ibáñez, vuelve a aparecer, junto a los comportamientos humanos, sus circunstancias y sus pasiones. Como ya hiciera Galdós en su novela *Gloria*, la diferencia de religión entre los protagonistas, dificulta el triunfo del amor. Asimismo existe en la novela otra pasión del autor valenciano de la que siempre sobresale su maestría narrativa y su fantasía estilística. Son los viajes y ciudades, con sus costumbres y sus singularidades. Y París, siempre París, como elemento cliché del discurso y también recurso fetiche de toda la obra blasquiana:

Aguirre miraba el espectáculo movable de la calle Real, la variedad de su concurrencia continuamente renovada. En los grandes bulevares de París, a los seis días de sentarse en el mismo café, conocía a la mayor parte de los que pasaban por la acera. Siempre eran los mismos. En Gibraltar, sin salir de la pequeñez de su calle central, todos los días experimentaba sorpresas [...] Gibraltar quedaba incomunicado con el resto del mundo, se cerraban puertas y rastrillos. Replegada en sí misma, entregábase a sus devociones, encontrando en la religión un grato pasatiempo antes de la cena y del sueño [...] soldados y marineros sobrios, bebiendo limonada y tazas de té, prorrumpían en himnos orfeónicos a la gloria del Señor de Israel [...] (Blasco Ibáñez, 2017: 53)

– ¡Luna...Lunita! [...] No oigas a nadie: sigue a tu corazón. Aún podemos ser felices. [...]

– No –dijo ella con energía, cerrando los ojos como si temiese flaquear al verle–.No. Es imposible. Tu Dios no es mi Dios; tu raza no es mi raza [...]

– ¡Tu Dios!;¡Tu raza! –exclamó el español tristemente–. ¡Aquí donde hay tantos dioses! ¡Aquí donde cada uno es de su raza!... Olvida eso; todos somos iguales ante la vida; no hay más que una verdad: el amor. [...]

– No –dijo duramente Luna, con una expresión que Aguirre no había conocido nunca en ella, como si fuese otra mujer–. No, tú tienes una tierra, tú tienes una patria, tú puedes reírte de razas y creencias colocando por encima de ellas el amor. A nosotros, nazcamos donde nazcamos, por más que las leyes nos igualen a los otros, nos llaman siempre judíos, y judíos hemos de ser forzosamente. [...]

– ¡Adiós! ¡Adiós!...

Esta vez se fue definitivamente, y él la dejó ir, falto de fuerzas para seguirla. (Blasco Ibáñez, 2017: 97-102)

En una de sus últimas obras de ficción, *En busca del Gran Kan*, Blasco Ibáñez vuelve a aludir concienzuda y ceremoniosamente a los judíos, que vuelven a ser parte clave del argumento y del discurso:

Cerca de su casa estaba el barrio habitado por los judíos [...] estas gentes habían sido atropelladas y despojadas repetidas veces por los cristianos [...] La mayor parte de las familias judías, para vivir seguras, habían acabado por aceptar el bautismo [...] Otros, los menos, se mantenían fieles a sus creencias, con la tenacidad de los mártires.

Don Isaac era uno de ellos. Mostrábase humilde y conciliador con los enemigos más encarnizados, acogía las injurias sonriendo, sus palabras eran siempre dulzonas; pero esta modestia ocultaba una voluntad irreductible en materias de fe. [...] Siendo el más rico de los suyos en Andújar, socorría a los judíos pobres con sus dineros y a todos los de su ley con palabras de entusiasmo en los momentos de persecución. (Blasco Ibáñez, 1972: 1183)

En lo que respecta a sus obras de no ficción, como son ensayos, crónicas de viaje, también encontramos referencias judaicas con desigual actitud. Como muestra sirva el ejemplo de su obra de viajes *Oriente*, en la que pareciera que el autor valenciano hubiera cambiado de criterio con respecto al tema, y hubiera retornado a su antisemitismo juvenil y propagandístico. La percepción que su viaje a Constantinopla le proporciona le hace describir una ciudad que representa sin ambages las de *Las mil y una noches*:

En las calles importantes de Constantinopla [...] existen numerosos puestos de cambiadores de monedas, antiguos compatriotas nuestros, que siguen fieles a Abraham y Moisés [...] La moneda de oro tomada de un judío es páfida y peligrosa [...] La discusión con el compatriota que intenta estafaros es interesante, por la fogosidad con que se expresa y los ademanes dramáticos que acompañan a su castellano especial.

– Que por mis hixos que no engaño, señoreto...Que toma la pieza, que yo soy un buen trocador de dinero... [...] Que por mis viejos te lo juro, que antaño vinieron da allá, como tú vienes agora, porque yo, señoreto, también soy español.

Todo lo que el jeque deja en el montón del banquero significa la esperanza perdida de aplacar a Natán o a Samuel, el prestamista hebreo [...] salgo de la sala de juego y en la rotonda central entre brillante *toilettes*, veo dormitando en un diván a una mujer obesa y morena. Es una judía, relativamente joven, pero con su belleza ahogada bajo una marea ascendente de grasa [...] contempla impasible las miradas de curiosidad de las mujeres y vuelve a adormecerse, ansiando que llegue el momento de regresar al hotel. Su marido está en la sala de juego, y la buena Rebeca o Myriam, sumida en su coraza adiposa, aguarda horas y horas, viendo en sus cortos ensueños, como ángeles de luz, algunos nuevos billetes y luses de oro que vengan a unirse al capital que amasan los dos con una avidez de raza (Blasco Ibáñez, 1972; 13)

Sin embargo la personalidad fantasiosa de Blasco Ibáñez, siempre seductora, deja al lector atónito por su continua capacidad novelesca y acaba fascinado por el artístico esfuerzo; como muestran sus últimas sensaciones de la ciudad turca:

Algún día hablaré de Brussa, la de la Mezquita Verde, edificada por alarides de la Andalucía musulmana [...] Y también hablaré, en una novela, del barrio de Gálata, en Constantinopla, el barrio de los españoles [...] donde veintiocho mil judíos que se apellidan Salcedo, Cobo, Hernández, Camondo, emplean en el seno de la familia un castellano arcaico, que es la lengua sagrada [...] Y en las fiestas israelitas, las viejas descuelgan los panderos y entonan con sus bocas desdentadas villancicos del siglo XV, aprendidos por sus abuelas en Toledo, que fue como el París del mundo judío. (Blasco Ibáñez, 1972: 114)

Es necesario destacar otra obra de no ficción en la que Blasco Ibáñez también empleó el tema judío para exponer su mensaje. Se trata de *Argentina y sus grandezas*, que según el propio autor fue una obra dictada por el entusiasmo y dedicada a la gloria de un pueblo admirable, según confesión del autor. Asimismo, también, en la nota previa, Blasco declara que su propósito al escribirlo era que el libro: “fuera leído fuera de la República, especialmente en Europa” (Blasco Ibáñez, 1910: 7)

Del mismo modo hay que resaltar la intensa investigación y estudio que el autor debió realizar para escribir este ensayo histórico, ya que es una documentación valiosa. Las referencias a los judíos son estrictas y contrastadas históricamente, lo que demuestra el amplio y divergente interés literario del novelista hacia el tema judaico.

## Conclusión

Como se ha referido en las páginas precedentes, es irrefutable la querencia y el interés de Blasco Ibáñez por el tema judío, ya sea en sus obras de ficción, como en las de no ficción. El aserto nos empuja a considerar que la importancia de la cuestión judía en su literatura, en una época en la que no era temática habitual, motivó la ausencia, y un desdén inmerecido de su literatura divergente, en el arcaico canon hispánico de su época, pero al mismo tiempo, demuestra la valentía del autor valenciano al utilizar un tema escabroso y difícil de encajar en un discurso estilísticamente fabuloso. Fue esta maestría artística una muestra más de su argucia literaria en una era deseosa de modernidad.

Sus personajes judíos, atrayentes y con fuerte personalidad narrativa, aún parecen coetáneos; porque al delimitarlos en las pasiones y necesidades humanas, se convierten en universales y eternos. Su estética se nos presenta de ese modo de una modernidad intrépida, y transgresora por su evolución, pero sobre todo generosa, ya que, como apunta acertadamente Anita Benaim Lasry, el “resultado de la misma ha sido la creación de personajes judíos humanizados en la LITERATURA” (Benaim Lasry, 1980: 27).

## Bibliografía

AZORÍN (2001): *La Voluntad*. Madrid: Bibliotex.

BÉCQUER, Gustavo Adolfo (2003): *Leyendas*. Madrid: Cátedra.

BENAIM LASRY, Anita (1980): *El judío como héroe de novela*. Madrid: Gráficas Rodríguez de Neyra.

BLASCO IBÁÑEZ, Vicente (1904): *Alma Valenciana*. Madrid: Alma Española.

— (1972): *Obras Completas*, t. II. Madrid: Aguilar.

— (1972): *Obras Completas*, t. III. Madrid: Aguilar.

PÉREZ DE LA DEHESA, RAFAEL (1971): “Zola y la literatura española finisecular”, en *Hispanic Review*, 39, no. 1, pp. 49-60.

PÉREZ GALDÓS, Benito (1890): *Gloria*. Madrid: La Guirnalda.